

Propiedad intelectual

El último Congreso Literario de París, convocado para revisar la Convención de Berna—Congreso que, por una curiosísima aberración, no contaba en su seno con ningún escritor de renombre,— ha hecho surgir nuevamente en Buenos Aires, donde se preocupan algo más que nosotros de las cosas que les atañe directa ó indirectamente, una cuestión palpitante en todo tiempo para los que aquí no desdénan interesarse en el movimiento intelectual del país. Bien reconozco yo que esto del *movimiento intelectual* es letra muerta para la mayoría de mis felices compatriotas, que prefieren quemarse las cejas en descifrar el resultado de una penca de potrillos, que en cualquier otro asunto que distraiga sus momentos de ocio, ó sean los momentos de su vida toda; pero es necesario convenir por los que todavía no nos hemos dedicado á la investigación profunda de la velocidad que desarrollan en determinados segundos las patas de un caballo, que ciertos problemas merecen alguna atención, si no por lo que pueda importarnos en lo porvenir, á lo menos por el famoso *qué dirán*, tan temido en casos insignificantes y tan despreciado en los de verdadera importancia. Me refiero á la propiedad literaria. Aquí, en Montevideo, fué donde se efectuó el Congreso Sud-Americano que votó el convenio intelectual, y aquí, precisamente aquí, es donde menos se le ha discutido. Sin embargo, esto no debe extrañar á nadie. Lo sorprendente sería que nos hubiéramos ocupado de él con suma detención. Aunque vecinos de los argentinos, que nos dan, día á día, y con una constancia admirable, hermosos ejemplos de actividad, somos completamente antagónicos en carácter. El Río de la Plata, con ser tan estrocho—relativamente, entiéndase bien,— abre un abismo entre los dos países cuyas márgenes bañan sus aguas. Allá, el lirismo ha desaparecido aplastado por el buen sentido, por las buenas ideas—ahogado, mejor dicho, por el aliento de progreso que en gruesas bocanadas recibe del viejo continente,—mientras que aquí, en este hermoso pedazo de suelo mimado por la naturaleza, donde el cielo es más amplio y el sol más brillante, todavía hablamos en *ópera* perfecta, un idioma de nuestra exclusiva propiedad, que si bien nos remonta mucho al ideal sonrosado, no nos permite, en cambio, distinguir con claridad las cosas de la tierra. Y á este ensueño lírico, ensueño de toda la vida, hay que agregar un mal mucho peor todavía: el egoísmo peculiar á nuestra raza, cuyas raíces es imposible destruir. El comerciante no emprende un negocio si no le produce un resultado directo, y lo abandona, con riesgo de pérdida, si favorece á un tercero. En general, ese comerciante representa la copia exacta de aquellos negociantes mezquinos de una de las novelas de Zola, que, encerrados en las viejas prácticas, prefieren la ruina lenta y dolorosa de sus comercios á las ideas modernas y atrevidas, al negocio planteado sobre bases liberales, que beneficia al consumidor con

beneficio del interesado. Y lo que sucede con el comerciante, sucede con el obrero, y lo que con el obrero, con el político... La epidemia es contagiosa. Esto no quita que, en el momento oportuno, todos alcen las manos al cielo en demanda de progreso, de bienestar, de trabajo, etc., y que también, cuando alguien inicia un pensamiento útil ó persigue un propósito noble, se forme espontáneamente una agrupación monstruosa—el país reunido en un solo grupo—para devorar, con frotamientos de manos y una alegría intensa en el espíritu, á aquel que desea satisfacer, en parte, sus constantes anhelos de grandeza! Lo queremos todo, pero no queremos que nadie sea más que nosotros dentro de nosotros mismos.

No es raro, pues, como decía antes, que los literatos, que son los más interesados en la cuestión intelectual que ha convulsionado mercados tan importantes como los de París y España, sean los que menos se hayan preocupado de ella. El egoísmo literario es el peor de los egoísmos. Dos literatos son dos enemigos que están dispuestos á morderse siempre, con un encarnizamiento de perros rabiosos. Se examinan de lejos, en sus acciones, en sus aptitudes, en sus obras; se reconocen cualidades y llegan á prodigarse elogios en secreto; pero en público se niegan todo, absolutamente todo. ¿Por qué? Por la misma razón que los negociantes al menudeo se destrazan á mordiscos: por envidia unos, por egoísmo los más. En ciertas ocasiones se busca la manera de esconder las pasiones que agitan el espíritu bajo una máscara de disimulo; pero la sangre, bullendo locamente en las venas, les traiciona cuando menos lo piensan, y la distancia que separa á unos y otros se agranda cada vez más, sin que se vislumbren á lo lejos probabilidades de una aproximación. Oh! y cuántas cosas buenas malogradas por este maldito egoísmo, y cuántas destinadas á malograrse en lo futuro...! Porque, dígame lo que se quiera y hágase lo que se haga, el mal es orgánico, transmitido de una generación á otra, y ya imposible de exterminar. Por más triste que sea constatarlo, en este sentido hemos sido menos afortunados que la raza caballar...

El Congreso literario de París ha despertado las ambiciones de los autores franceses respecto á estos países, consumidores de sus libros. Hay aquí grandes mercados, plazas que se tragan mensualmente miles y miles de volúmenes salidos de las prensas de París, Madrid, Barcelona, etc., y se quiere sacar todo el provecho posible de este consumo enorme, de esta necesidad que tenemos de alimento intelectual. Indudablemente se gana mucho, pero se desea ganar mucho más. La pretensión es justa, perfectamente lógica. No hay producto más precioso que el producto del cerebro, y razonable es que se pague. La frase de Luis Blanc: *Los escritores deben imitar á Rousseau, que copiaba música para vivir y publicaba libros para educar á los demás hombres*, es hermosa como frase, pero sin fundamento alguno en los presentes días. Nadie trabaja para la poste-

ridad simplemente, sino que exige, á cambio de su labor, una recompensa inmediata. Y los literatos tienen tanto derecho como cualquier obrero á que se respete su propiedad, que es tan sagrada como la que más. El que se apropia de ella, sin el consentimiento de su dueño, comete un robo, y merece, cuando menos, ir á la cárcel. Esto es tan claro como la luz del día. Pero ¿tienen razón los autores franceses para exigir lo que exigen? Vamos á verlo. Ellos quieren que nosotros respetemos sus derechos á cambio de respetar ellos los nuestros, ó, lo que es lo mismo, que no reimprimamos ninguna de sus obras sin abonar los derechos respectivos, so pena de que ellos tomen venganza cumplida en las nuestras. Bien: pero ¿qué derechos vamos á hacer respetar nosotros? Ninguno, desgraciadamente. En literatura tenemos tanta importancia como en industria, y no será Francia, ni España, ni ningún país europeo lo que demanden nuestros productos. La misma República Argentina, con ser lo que es, ha podido llegar todavía á esa altura, y pone reparo para dar su voto de asentimiento á la adhesión que solicita Francia, exigiendo que, cuando menos, se tome en cuenta la desigualdad de circunstancias que hay entre un país productor y otro que es tributario forzoso de aquél. Hay que convenir en que los autores franceses, al pedir que Francia se adhiera al convenio literario pactado en el Congreso Sud-Americano, no piden nada imposible ni extraordinario, pues el mismo tratado establece que pueden firmarlo todas las naciones sud-americanas y también las de Europa, Norte-América, etc., sin excepción ninguna. Los culpables de esta exigencia son, pues, los mismos congresales, que en un falso concepto de la universalidad del derecho de propiedad, pretenden que pueda existir una acción recíproca entre un país que da al universo tantos libros como la República Francesa, ó Alemania, ó España, y otro que, como el nuestro, imprime al año cuatro ó cinco que no logran traspasar sus límites siquiera! Desvanecer ese error y evitar que se consume otro mayor, es lo que hemos de tratar, ahora que la ocasión se presenta.

Es necesario visitar nuestras librerías para convencerse del consumo enorme que se hace aquí de libros extranjeros. Muchos aseguran que no se lee, que no se proporciona al espíritu el deleite que produce la lectura de una buena obra, pero recorriendo los almacenes de papel impreso, se puede destruir esa falsa creencia. Por cada vapor que fondea en el puerto, llegan volúmenes y más volúmenes, que apenas descajonados, desaparecen entre las manos de los aficionados y del público lector. Casi todos ellos son de procedencia europea, y los mismos americanos que se reciben pertenecen también á casas editoriales francesas ó españolas. Es decir, que Europa no sólo tiene el monopolio de los libros de sus autores, sino también el de los de esta parte del nuevo continente. No es necesario significar que ese monopolio nos favorece. Sólo así es que podemos darnos el lujo de una lectura barata, selecta é instructiva á la vez, bebiendo en fuentes extrañas lo que no podemos todavía beber en la nuestra: el sen-

tido del buen gusto, la belleza en artes y letras y los adelantos que se producen en las ciencias. Bajo este aspecto la cuestión está resuelta á favor de los autores extranjeros. Zola haría triunfar su teoría de que todos los Estados del mundo que se ilustran con su literatura deben ser sometidos á la ley que sobre la materia rige en Francia, y la batalla emprendida quedaría ganada fácilmente. En la misma derrota nosotros llevaríamos nuestro pedazo de victoria, porque nos evitaríamos el disgusto de ver á muchos de nuestros librereros cometiendo constantemente hurtos intelectuales, y el mayor todavía de contemplar en los escaparates de las librerías traducciones detestables, que quitan todo mérito á la obra de más valor. En este sentido, lo repetimos, no sería poca la ventaja que la adhesión de las naciones europeas reportaría á estos países que recién inician su progreso intelectual, y hasta los más descontentos encontrarían motivo de aplauso. Pero estas ventajas no resultan tales con las que tendrían los países adherentes. En tanto que ellos se ampararían bajo un proteccionismo amplio y productivo, nosotros vendríamos á quedar á merced de los caprichos de los editores extranjeros, que en su afán de mejorar sus mercados, tratarían por todos los medios de hacer la competencia á la producción nacional, impidiendo en lo posible su desarrollo. Con los libros ocurriría lo que con ciertos artículos de consumo, que á pesar de encontrarse en el país, se buscan con preferencia en el extranjero, porque son más baratos y mejores. En cambio de este privilegio enorme, aplastante para nosotros, ¿qué nos ofrecería la Francia? Lo que se ofrece á un país que necesita de sus productos. Difícilmente habrá un literato en Francia que conozca á Zorrilla de San Martín ó á Daniel Muñoz. Y lo que sucede en París sucede en España, ó en Italia, donde basta y sobra la producción propia para satisfacer las exigencias del público. ¿Imprimirán allí, por ventura, una obra uruguaya? Pensarlo solamente es ridículo é infantil. ¿Qué se les importa á los editores parisienses ó españoles de todos nosotros, del pomposo romanticismo de Acevedo Díaz, del clasicismo de Guillermo Rodríguez ó de la fluidez y elegancia castiza de Carlos Reyles? Ni los lectores y editores franceses se ocupan ni se ocuparán en muchísimo tiempo de los literatos uruguayos, ni éstos tendrán la suerte de que allá se impriman clandestinamente sus libros. Esto sería la realización del sueño dorado de muchos. No exigirían derechos, ni reclamarían del robo cometido, sino que se apresurarían á agradecer la distinción recibida, dándoles ocasión de contemplar impresas en el extranjero sus producciones, y librándolos á la vez de la pena de ver que ellas se perdieran, como se pierden ahora, en las columnas de un diario, ó de un periódico, que tienen la vida efímera de un segundo, del día únicamente en que salen á luz...

Y si considerado en este sentido el convenio literario no satisfaría siquiera nuestra vanidad, considerado en el del adelanto de las letras nacionales tampoco nos daría sa-

tisfacción alguna. El libro cuesta poco ahora, una bagatela casi, y, sin embargo, es difícilísimo encontrar editor que quiera aventurarse á tomar á su costo la edición de una novela. ¿Qué sería de los literatos que producen si se llegase á formalizar el convenio literario que ambicionan los países europeos? ¿Mejoraría su condición? No, de ningún modo. El escritor que actualmente escribe una obra tiene que recorrer un verdadero *via crucis* para obtener que sea impresa, y después de mil sinsabores, de mil tropiezos, logra su objeto... siempre que se exponga á pagar la edición! Calcúlese lo que ocurrirá en el caso de realizarse el convenio que nos ocupa. No sólo no se conseguirá percibir derecho alguno por un trabajo, cosa que tampoco se obtiene ahora, sino que tendría que pagar la noble ambición de dar libros al mundo á doble precio del que se paga ahora. Menos mal si el público respondería á tal sacrificio, pero para un lector de novelas nacionales hay veinte de obras extranjeras. Y esto no es exagerado. Id á preguntar á cualquier literato, á cualquier editor el resultado positivo que le dan los volúmenes que imprime, lleven firma conocida ó no, y os responderán con una sonrisa de amargo desengaño. El mercado existe para la literatura extranjera, pero no para la nacional. ¿Para qué queremos tratados entonces, si no tenemos nada que proteger? Que pida Francia adhesión al convenio intelectual todo cuanto quiera, que contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar. No estamos todavía en circunstancias de permitirnos el lujo de igualarnos á las naciones europeas, y si lo hacemos, nos exponemos á un fracaso rápido y lamentable. Lo que nos conviene es proteger nuestras letras, nuestras artes, nuestras ciencias, para propender á su desarrollo y evitar que en las librerías no se encuentren, por más que se busquen, libros de ciertos autores nacionales, bien sean antiguos ó modernos, y que en cambio tropiece la vista con montones de obras extranjeras, malas algunas, que se venden con facilidad pasmosa. Los editores son simples comerciantes, y lucran desde luego con los productos extranjeros, dándoles la preferencia sobre los nacionales; pero ese lucro desaparecería poco á poco, si se gravara con un impuesto el artículo de librería extranjera, amparando el nacional. Así se establecería al propio tiempo un estímulo al trabajo intelectual, y con el estímulo la competencia, y lo que hoy es una sencilla distracción de los espíritus cultivados, sería mañana ó pasado una labor beneficiosa para los literatos y para la literatura uruguaya, que, al producir ventajas á unos daría brillo intenso á la otra. Nada, pues, de convenios desiguales, verdaderamente irrealizables, y tratemos de tener literatura propia, que elementos hay aquí para ello. Imitemos á Chile en todo lo que podamos, al único pueblo que, dando excelentes muestras de sensatez, no suscribió el tratado de propiedad literaria y artística, porque no quiso cederlo todo sin recibir alguna ventaja en cambio, y no olvidemos que, con convenios ó sin convenios, tendremos libros europeos, porque nadie más interesados en mantener aquí un mercado abierto á los productos de

su genio que las naciones que ahora quieren la adhesión. Sardou, el eminente dramaturgo francés, dice que sería una injusticia que Francia pretendiera imponer la reciprocidad á países que, como éste, se alimentan de su literatura, sin dar nada en cambio, y Francia, para no ser acusada de injusta, ofrece como compensación de las ventajas que obtendría en el tratado literario, reconocer la ciudadanía natural á los hijos de franceses nacidos en el territorio oriental. Indudablemente se ganaría algo: la desaparición de una de las leyes que más cariño inspira á la nación francesa y el triunfo de nuestra diplomacia en un asunto de importancia; pero ¿qué beneficio sacarían de esto las pobres letras uruguayas?.....

EDUARDO FERREIRA.

Sobre lenguaje

Á PROPÓSITO DE UNA OBRA DE RICARDO PALMA
(Conclusión)

RABONA—Hacer rabona, por hacer novillos en escolar, es castellano.

Lo noto porque Palma parece considerarlo americanismo.

ROCAMBORISTA—Son muchas las palabras de esta terminación que no han encontrado aún cabida en los diccionarios.

Don J. A. de Lavalle presenta en su apéndice á *Neologismos y americanismos* varias de esta clase, que, como las terminadas en *ismo*, se emplean á roso y veloso.

No figuran en el léxico oficial, ni en Palma, ni en la nómina del señor Lavalle, *alarmista, colectivista, comentarista, congresista, convencionalista, decadentista, evolucionista, exclusivista, excursionista, experimentalista, impresionista, paraguista, parlamentaria, partidaria ó partidista, prohibicionista, sentimentalista, solista, verista* y otras muchas.

Con todo, algunas de ellas son necesarias.

SABLEAR—No se encuentra este verbo en el léxico oficial, y sin duda conviene adoptarlo.

El *asablazar*, que proponen Barcia y los autores del *Novísimo Diccionario*, derivado de *sablazo*, no me parece preferible al verbo americano.

SINVERGUENZA—De acuerdo con Palma y el doctor Thebussen, hago votos por la admisión de esta voz familiar.

Sinverguenzas, á escribir; y al que me chiste le abro la cabeza. (B. Pérez Galdós, *Miau*, citado por Gagani.)

Yo soy *mu sinverguenza*, pero soy buena. (Bobadilla, *Solfeo*, pág. 244.)

Pero *sinverguenzaría*, que Palma quiere colar en el léxico, pasa ya de castaño oscuro, salvo mejor opinión.

TATUAJE—La acción de *tatuarse*. El *tatuaje* es hoy frecuente entre marineros. (Palma.)

El distinguido crítico cubano don Emilio Bobadilla dice en su obra *Solfeo* (página 270):

Confunde la melodía de un concierto de violines con el estrépito de una charanga; el azul sanguíneo de las venas con el *tatuaje*, dígame *taracea*.

No tiene razón á mi entender.

La palabra *taracea* sirve para designar una obra de embutidos, hecha con pedazos menudos de